

victoria y esperó en un campo atrincherado los mensajeros de su hermano Asdrúbal.

Este había atravesado felizmente los Alpes y se encontraba en la Cisalpina á la cabeza de cincuenta y dos mil combatientes á los cuales se incorporaron ocho mil ligures. En vez de precipitar su marcha para conducir á su hermano sus sesenta mil hombres, detúvose en el sitio de Plasencia. Cuando reconociendo su falta y la imposibilidad de tomar



Apolo del Vaticano (1)

esta plaza, quiso avanzar hacia la Umbría, era ya demasiado tarde: Livio le cerraba el paso y Nerón acampaba enfrente de Aníbal.

Asdrúbal había despachado seis jinetes nómidas y galos con cartas para su hermano; pero cayeron en las avanzadas de Nerón. Se había ya dado tanto á la prudencia, que Nerón estuvo tentado á pedir la victoria á la audacia, y en efecto, tomó la resolución más atrevida de aquella guerra, la de abandonar su campamento á vista de Aníbal y conducir á su colega diez mil de sus mejores soldados.

Este plan no era tan temerario como se pudiera creer. A consecuencia de dos amagos, acababa de hacer Aníbal desde el golfo de Tarento á orillas del Ofanto, una serie de marchas y contramarchas durante las cuales no había podido sorprender á su enemigo en fragante delito de negligencia ó falsa maniobra: estaba pues condenado á su vez á la prudencia. Un campamento romano no se forzaba fácilmente, y el cartaginés tan hábil en campo raso, no sabía tomar á viva fuerza una trinchera sólida. Nerón contaba con que los suyos, aunque privados de la mejor gente que se

(1) Estatua del Museo Pio-Clementino.

llevaba, resistirían hasta su vuelta. Después de todo, dejaba allí soldados que habían visto huir á Aníbal, armas, provisiones y una grande esperanza.

Para llegar al otro ejército, debía primero atravesar la llanura que se extiende del Ofanto al Frento, entre la cadena apenina y la enorme masa del monte Gargano: era el punto difícil de la operación. Pero en medio se encontraba la plaza fuerte de Luceria en que se podía apoyar la expedición, caso necesario; más allá, entraba en país amigo, adonde el cartaginés no se había atrevido á penetrar desde la batalla de Canas. Bastaba pues ocultar al enemigo una marcha ó dos para que el cuerpo expedicionario, como el campamento, estuviera seguro.

Nerón advirtió al senado su designio y ordenó á las dos legiones de la ciudad que fueran á ocupar la fuerte posición de Narnia, que cierra el valle del Tíber; á la legión de Campania que volviera á Roma, y á los habitantes del país por donde había de pasar, que le tuvieran dispuestos víveres y carros. El rumor de que un nuevo y formidable ejército africano iba otra vez á traer á sus campos el incendio, la muerte y la esclavitud tenía espantados los corazones, y con esto se cumplieron exactamente las órdenes del cónsul. Salían las gentes á recibir á aquellos soldados en quienes veían á los salvadores de Italia, y cada cual traía lo que poseía para los hombres y para los caballos: de manera que nada entorpeció la marcha, habiendo andado los expedicionarios en seis días (2) más de 400 kilómetros (3).

Nerón se reunió con su colega á orillas del Metauro, y para no alarmar al enemigo, entró de noche en el campamento, cuyo recinto no se agrandó, y sus soldados fueron recibidos en las tiendas de sus camaradas. Mas por la mañana las trompetas sonaron dos veces: Asdrúbal reconoció en esta señal que los dos cónsules se habían reunido, y sus centinelas avanzados le dijeron que en el campamento enemigo se veían viejos escudos, caballos enflaquecidos, rostros curtidos como por una marcha reciente. Asdrúbal cree vencido ó acaso muerto á su hermano y reunidas contra el todas las fuerzas romanas; y en esta creencia emprende la fuga, sus guías lo extravían y luego lo abandonan.

Pero los cónsules lo alcanzan y tiene que aceptar la batalla en un campo desfavorable para él. Nerón, á quien diez años de combates contra Aníbal han iniciado en la táctica cartaginesa, envuelve el ala izquierda de Asdrúbal, acuchilla á los galos y ataca por la espalda á los españoles, que Livio ataca de frente. Los historiadores de Roma que vieron con razón en esta batalla las represalias de la derrota de Canas, afirman que de todo aquel ejército no quedó un hombre á vida. «Cincuenta y seis mil, dicen, cayeron con su caudillo, que digno hijo de Amílcar, se lanzó á lo más recio y peligroso del combate, cuando vió pasar la victoria á los romanos.»

La misma noche que siguió al combate partió Nerón al punto de partida y el día 13.º entraba en su campamento (207). El éxito lo había justificado. La cabeza de Asdrúbal arrojada á las trincheras enemigas, hizo saber á Aníbal la ruina de sus últimas esperanzas. «Reconozco aquí, se le hace decir amargamente, la fortuna de Cartago.» La fortuna no tenía que hacer nada en aquel acontecimiento: él solo había faltado á su genio descuidando la vigilancia.

Mientras Nerón ejecutaba esta audaz marcha, estaba

(2) Acaso en 7, porque echó 6 en volver, y Tito Livio asegura que á la vuelta marchó más aprisa, *citatiore quam inde venerat agmine* (XXVII, 50).

(3) Hay 285 millas romanas ó 422 kilómetros entre el Metauro y Canosa, lo que hace poco más ó menos 70 kilómetros, ó sean 17 1/2 de nuestras leguas comunes por cada una de las seis etapas.

Roma en la mayor ansiedad: las matronas llenaban los templos y fatigaban á los dioses con sus ruegos y súplicas; los senadores no abandonaban la curia, ni los ciudadanos el foro. Parecía que todos los peligros corridos hasta entonces eran nada en comparación de este peligro supremo: hasta que al fin dos jinetes trajeron la fausta noticia de la gran victoria. Todavía se dudaba, pero muy luego llegó una carta del mismo campamento. El mensajero quería entregarla al pretor y penetrar en el senado; la multitud lo detiene y arrastra á la tribuna; pero los magistrados intervienen, y aquellos hombres tan respetuosos de las antiguas costumbres nacionales, así en las alegrías como en sus tristezas y enojos, sacrifican su legítima impaciencia.

La carta se leyó primero á los padres concriptos y después al pueblo; pero solamente anunciaba la llegada de los tres enviados consulares que habían asistido á la batalla. Todos se precipitaron á recibirlos hasta el puente Milvio; síguenlos al foro, á la curia, y desde lo alto de la tribuna refieren minuciosamente el grande acontecimiento. Cuando dicen el número de enemigos que cayeron en el campo de batalla, que cayó también Asdrúbal su caudillo y que Nerón arrojó su cabeza á las trincheras de Aníbal, les contestó un grito inmenso de entusiasmo. Después unos corren á los templos á dar gracias á los dioses; otros á sus casas á repetir á las mujeres, á los niños, á los ancianos, á todos los que no han podido oír la fausta nueva, que Roma está definitivamente á salvo y el cartaginés vencido.

Refugiado en el Brucio (Calabria), mantúvose allí Aníbal cinco años todavía, hasta que Escipión lo arrancó

de su madriguera inexpugnable, poniendo sitio á Cartago.

Para comprender cómo pudo Aníbal sostenerse tanto tiempo en aquel país, es preciso conocer su conformación. «La península de Calabria es montuosa y muy accidentada... El Apenino se alza allí en bruscas escarpas hasta por encima de la zona de los bosques. El monte Polino, desde donde se dominan los dos mares de Jonia y Eolia, es más alto que el Matese y demás eminencias del territorio napolitano; el grupo cuyo centro ocupa, corta la península en toda su latitud, de uno á otro mar, y se prolonga á orillas de las aguas occidentales en un muro de rocas más abruptas aún que las de Liguria y mucho más inaccesibles á causa de la absoluta falta de caminos. Al Sur se abre en pintorescos valles cubiertos de bosque, adonde los habitantes van á recoger del tronco de los fresnos el maná medicinal, que envían luego á todos los países del mundo. El profundo valle del Cratis limita al Sur y al Este este primer macizo y lo separa de otro menos elevado, pero de base más extensa. Es el Sila, cuyas rocas de granito y de esquisto, de origen mucho más antiguo que los Apeninos, guardan aún el adorno y podría decirse el horror de sus grandes bosques. Al Sud del Sila se eleva el tercer macizo, bien llamado Aspromonte; enorme mole apenas recortada en cimas distintas, pero surcada en todo su contorno por hondos barrancos, por donde se precipitan en el invierno furiosos torrentes. El áspero monte, cubierto aún de bosque, ostenta en el mar Jonio sus promontorios con penachos de palmeras y desaparece en fin bajo las ondas en la punta designada por los marinos con la denominación de *Spartivento* (1)».

## CAPITULO XXV

### FIN DE LA SEGUNDA GUERRA PUNICA

#### I. — OPERACIONES EN ESPAÑA (218 — 205)

Lo que Aníbal había intentado en Italia hicieron en España los tres Escipiones: en 207 eran los romanos dueños de casi toda esta península. Pero hay que tomar los hechos de más atrás.

Cuando Cornelio Escipión se vió precedido por Aníbal en el paso del Ródano, dió á su hermano Cneo sus dos legiones para ocupar el país entre el Ebro y los Pirineos, que recién sometido y aliado de Roma, había de mostrar sin duda disposiciones favorables. Marsella que había cubierto esta costa con sus factorías, hubo de secundar á Escipión con todas sus fuerzas, y la habilidad de sus pilotos lo hizo al principio dueño de la mar. Una sola batalla ganada cerca de Scissis, rechazó á los cartagineses allende el Ebro (218), y la destrucción de la flota de Asdrúbal en la desembocadura de este río permitió á los romanos devastar la costa hasta el estrecho (217). Estos primeros triunfos originaron defecciones en todas partes: ciento veinte ciudades se entregaron á los romanos, y los celtíberos, el más bravo y numeroso pueblo de España, batiéron dos veces á Asdrúbal con sus propias fuerzas. Hasta en la Bética hubo sublevaciones, sobre todo cuando los romanos, después de haberse apoderado de los rehenes españoles retenidos en Sagunto, los enviaron con honor á sus ciudades.

(1) E. Reclus. *Nouv. Géograph. univers.* (t. I, p. 485-86.)

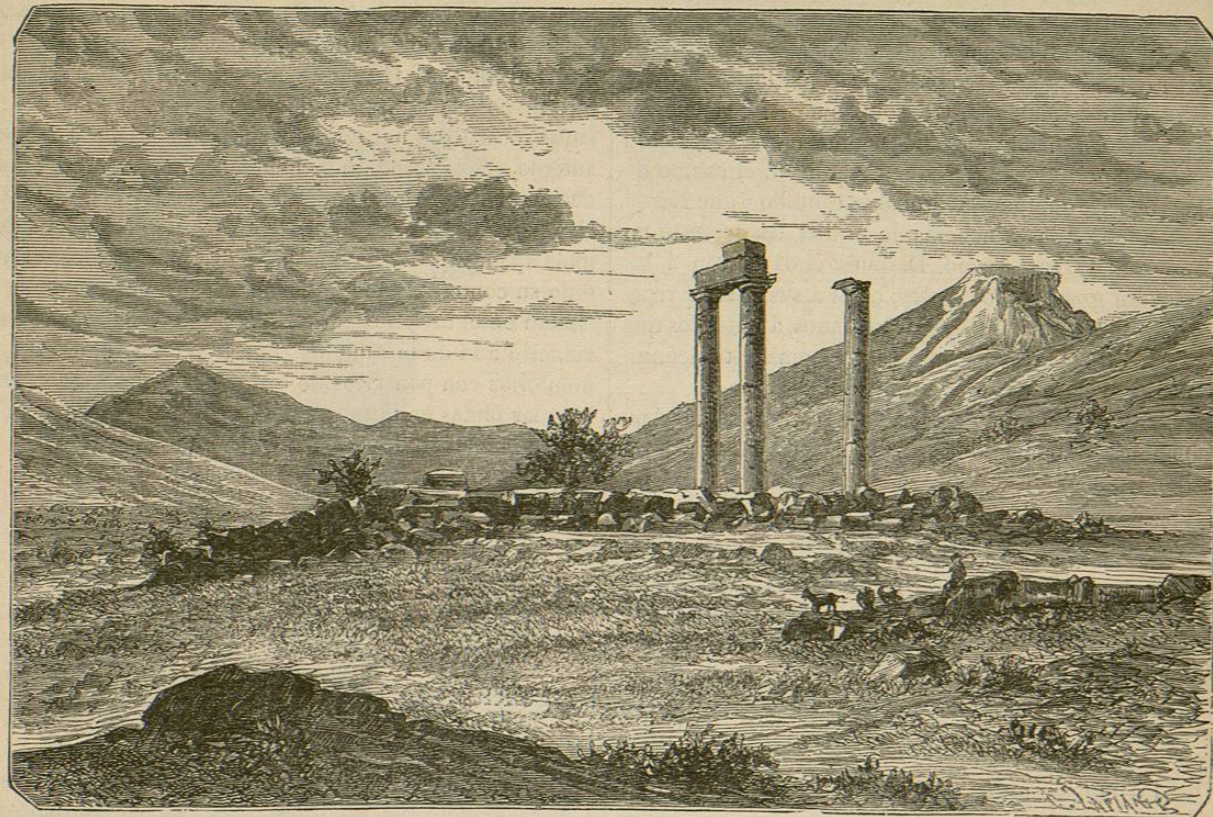
Al salir del consulado fué Cornelio á reunirse con su hermano con ocho mil hombres y treinta naves, y fuertes por su unión y por su destreza, rechazaron á Asdrúbal lejos del Ebro, cuando después de la batalla de Canas, lo llamó Aníbal á Italia. Cuatro victorias, la toma de Cartulón y de Sagunto, consolidaron los primeros triunfos (215), y un sueldo ofrecido á la juventud celtíbera hizo acudir bajo sus estandartes á numerosos auxiliares (214).

Pero en España como en Italia, la naturaleza del país erizado de montañas y de plazas fuertes eternizaba la guerra. Cansados los Escipiones de correr del Ebro á la Bética, pensaron en sublevar el Africa para impedir los socorros que recibían sus contrarios, y tres centuriones enviados á Sifax, rey de la Numidia occidental, lo atrajeron á la alianza romana, disciplinaron sus tropas y le hicieron ganar una victoria sobre los cartagineses en 213. Estos triunfos se volvieron contra ellos: Cartago se espantó viéndose ella misma amenazada; un numeroso ejército conducido por Masinisa, hijo de otro rey nómida, batió á Sifax, lo expulsó de sus Estados y pasó á España, de donde había ido el peligro.

Amenazados los Escipiones por tres ejércitos vieron á los suesetanos y á los celtíberos volverse también contra ellos; y para hacer frente á tantos enemigos hubieron de separarse los dos hermanos. Esta fué la causa de su perdición: atacados uno tras otro y envueltos por fuerzas superiores, ambos á dos sucumbieron (212). Sin embargo, deben compartir con Fabio la gloria de haber salvado á su patria, y la gratitud

de los romanos conservó su memoria. Cicerón los llamaba los *rayos de la guerra*.

España parecía perdida; pero Cartago tenía en ella muchos generales para proceder con unidad y resolución. Los restos de los dos ejércitos romanos se rehicieron allende el Ebro al mando de un caballero de edad juvenil, llamado Marcio, y tuvieron tiempo de recobrar aliento. Atacado por Asdrúbal y Magón, el joven Marcio los batió uno tras otro, y volvió á pasar el Ebro en su persecución; y cuando en 211, después de la caída de Capua, fué Nerón con quince mil hombres á tomar el mando que el senado no quiso dejar á un jefe elegido por los soldados (1), Asdrúbal estaba ya rechazado hácia la Bética. Encerrado en el



Restos del templo de Cástor y Pólux, en Agrigento (Véase pág. 216)

desfiladero de las Piedras Negras, engañó al futuro vencedor de Metauro con fingidas negociaciones y huyó. Pero llegaba un nuevo general, Publio Escipión, hijo de Cornelio. Con el tiempo la vida del vencedor de Anibal vino á ser una leyenda maravillosa. Su nacimiento, como el de Alejandro, se decía, estuvo rodeado de prodigios, y él mismo acreditaba estas vagas narraciones de su origen divino pasando largas horas en el templo de Júpiter. Todas sus palabras eran graves, y todas sus acciones parecían guiadas por los dioses. Nadie recibía tantas revelaciones por visiones nocturnas ó inspiraciones de arriba: los oráculos hablaban por él. Se aseguraba que en el desastre de Trebia había salvado la vida á su padre, y que después de la derrota de

Canas, hubo de obligar con el puñal en la garganta á cierto Metelo y otros nobles jóvenes, á jurar que no abandonarían á Italia. Cuando aspiró á la edilidad, objetaron los tribunos su juventud. «Tengo bastantes años, dijo el joven, si los romanos quieren elegirme.» Este patricio era un gran señor, que no había querido nunca bajarse á lisonjear al pueblo, y supo obtener de él todo lo que quiso, á veces retándolo. Nadie se ofrecía para el mando del ejército de España y él lo pretendió, bien que teniendo entonces veintisiete años apenas, no había ejercido aún ninguno de los altos cargos, y se le concedió. Las dos repúblicas se habían habituado á considerar el gobierno de aquella provincia como un dominio reservado á una sola familia, la cual era en Cartago la de los Barcas, en Roma la de los Escipiones.

Polibio que no cree en la fortuna ni en la asistencia de los dioses, pero cree mucho en la razón humana, rechaza lejos de sí toda leyenda supersticiosa relativamente á Escipión. Tenía del mismo Lelio, amigo y compañero de armas del héroe de Zama, los detalles más íntimos sobre este personaje, y lo considera como un sabio que lo hacía entrar todo

(1) Marcio había tomado en sus cartas el título de *propretor*, lo cual era un ejemplo peligroso.

en sus cálculos, hasta la credulidad popular. «Su destreza, dice, en representar sus designios como inspirados por los dioses daba á los suyos confianza para emprender las cosas más difíciles.»

Luego que hubo llegado á España (210) se granjeó Escipión la voluntad de los soldados, colmando de elogios y honores á su antiguo jefe Marcio, y para estrenarse dignamente meditó una empresa que atrajera sobre él la atención de todos. Sin revelar su designio á nadie más que á Lelio, comandante de su flota, partió de las orillas del Ebro con veinticuatro mil hombres de á pie y dos mil quinientos de á caballo, y después de siete días de marcha, indicó á sus soldados las torres de Cartago Nova, el arsenal y el tesoro de los Barcas.

Defendida de una parte por una ciudadela y altas murallas, y de otra por el mar y un estanque, Cartagena pasaba por una plaza inexpugnable. Escipión la tomó de día claro y al primer asalto. Unos pescadores de Tarragona le habían dicho que á la bajamar, sobre todo cuando soblaba el norte, era vadeable el lago. Mientras un vivo ataque atraía á los sitiados hacia las murallas que defendían la ciudad por la parte de tierra, llegó la hora del reflujo y bajaron las aguas, con lo cual quinientos soldados salvaron el estanque

y después el muro que bañaba. El viento del norte se había levantado en el momento del asalto, y todo el ejército lo tuvo por milagro, diciendo que Bóreas y Neptuno habían combatido por ellos.

Los soldados de la flota habían rivalizado en arrojo con los legionarios; sin embargo, un centurión y un marino se disputaban el honor de haber entrado en el recinto antes que todos, y para arreglar la diferencia obtuvieron ambos á dos sendas coronas murales á presencia de todo el ejército: los demás recibieron gratificaciones con largueza. A Lelio, su almirante y amigo, le dió Escipión una corona de oro y treinta bueyes, con los cuales se celebró un alegre festín á bordo.

Pero el caudillo no dejó que los soldados se durmieran sobre sus laureles y todos los días los ejercitaba en el arte de la guerra: la flota simulaba una batalla naval, en que las galeras competían en ligereza; el ejército de tierra hacía á su vez simulacros de combates con dardos despuntados, y Polibio describe extensamente las difíciles maniobras que hacía ejecutar á su caballería para facilitar al jinete y al caballo el mejor empleo de sus medios, y al escuadrón la rapidez en las evoluciones y la potencia en los movimientos de conjunto.

Cartagena encerraba los rehenes de España y los trató con bondad, dándoles á todos presentes, hasta á los niños; á los mozos espadas, á las mozas brazaletes, á todos en fin, su libertad. «Algunos soldados, que conocían bien, dice Polibio, el flaco de su general, hubieron de presentarle una doncella de extraordinaria hermosura.» Tito Livio inserta aquí una novela de amor, gracioso intermedio entre los hechos de esta grave historia, en que el hombre público envuelve tan bien al hombre privado que las pasiones individuales quedan ocultas bajo la clámide militar ó la toga senatorial. «Habiéndose informado Escipión, dice, de la patria y familia de la joven cautiva, supo que estaba prometida á Alucio, caudillo de los celtíberos. Hizo llamar á su futuro esposo y le dijo: «Soy joven como tú y mi edad también me permitiría las dulzuras de un amor legítimo, si los intereses de la república no ocuparan exclusivamente mi ánimo. Al traerme su prisionera, me han dicho mis soldados

que la amas con pasión y su belleza me lo ha hecho creer sin dificultad. Quiero favorecer vuestro amor. Tu prometeda ha sido respetada en mi campamento como hubiera podido serlo en casa de sus padres. Voy pues á hacerte un presente digno de tí y de mí, con la única condición de que seas amigo de los romanos. Y has de saber que no hay sobre la tierra hoy un pueblo cuyo odio debáis temer y cuya amistad buscar con más cuidado tú y todos los vuestros.»



Escipion el Africano

Poseído de alegría el joven caudillo jura por todos los dioses pagar su deuda de gratitud y los padres de la doncella ruegan á Escipión que acepte una cantidad considerable á título

de rescate. Pero el general romano hace poner á sus pies el oro, y dice á Alucio: «Sobre la dote que recibirás de tu suegro, acepta esta de mí.»

No sé si los detalles de esta historia son auténticos; pero el hecho de la restitución de los rehenes lo es ciertamente, y en cuanto á la historia esto basta. De vuelta á su país Alucio, encomió á sus compatriotas las virtudes de Escipión, «semejante á los inmortales y venido á España para subyugarlo todo con sus armas ó con su clemencia.» Hizo luego una leva entre sus clientes y volvió á los pocos días á buscar al ejército romano á la cabeza de mil cuatrocientos jinetes escogidos.

La conducta de Escipión había sido hábil y honrada, lo que es una habilidad más. Fuera de esto, el protegido de los dioses quería mostrarse superior á las debilidades humanas y servir su política por medio de este contraste con la altivez, las exacciones y los ultrajes de los generales cartagineses. Así los principales jefes españoles, Edecón, Mandonio, Indibilis, le llevaron sus tropas y, en su admiración, todavía le dieron el título de rey.

Sin embargo, Escipión vacilaba: los tres ejércitos, los tres caudillos que habían dado muerte á su padre y á su tío, podían reunirse aún. El más inmediato á él, era Asdrúbal que estaba acampado entre Beclua y Castulón, en el valle del Betis (Guadalquivir), y allí permaneció un año entero sin llamar á sí á sus colegas, sin hacer un movimiento para prevenir las defecciones, que eran numerosas. Escipión marchó contra él en el estío del año 209 y lo venció en una batalla que costó á los cartagineses más de 20,000 hombres, entre muertos y prisioneros. No por eso dejó de atravesar Asdrúbal toda España, y lo que, vencedor no había podido hacer, lo realizó cuando ya no tenía ejército: salvar los Pirineos, cuyo paso no le disputó Escipión.

Según Polibio, Asdrúbal tenía preparada de antemano esta expedición, y antes de que fuera completa su derrota, huyó con sus elefantes, sus tesoros y algunos soldados, dió un rodeo por el valle del Tajo para desorientar á Escipión, y por los Pirineos occidentales penetró en la Galia, donde permaneció como perdido más de un año (208). Escipión y Roma lo olvidaron. Pero la tempestad se iba formando lentamente, y cuando en 207 se precipitó Asdrúbal desde lo alto de los Alpes con 52,000 combatientes, fué acusado Escipión de haber desviado hacia Roma un peligro que no se había atrevido á combatir de frente; lo cual era una calumnia, porque debía creer que había provisto á todo cubriendo con un ejército de 8,000 hombres, fuertemente establecido en el campamento de Sucrona, los pasos de los Pirineos orientales, es decir, el único camino que parecía practicable para dirigirse á Italia. Ni él mismo había, por otra parte, perdido las huellas del vencido de Beclua sino para acudir á enemigos que en aquel momento parecían más peligrosos. Se pondrá siempre á su cargo que no supiera penetrar ni prevenir el proyecto de Asdrúbal; pero los laureles de Zama hubieron de borrar esta falta.

Enfrente de él quedaban en efecto otros tres generales: Masinisa, Magón y Asdrúbal Giscón. Vino luego el cuarto, Hannón, que se dejó sorprender y batir por el lugarteniente Silano. Este triunfo, la toma de Oringis por Lucio Escipión y la victoria del mismo Escipión en Iliipa contra setenta mil cartagineses redujeron las posesiones púnicas en España á la sola ciudad de Gades (206). Ya pensaba en Africa Escipión. La Numidia, limitrofe del territorio cartaginés, estaba dividida entre dos príncipes rivales, Sifax y Masinisa. El último que servía en España en el ejército cartaginés, sentía vacilar su fidelidad bajo el peso de los reveses, y trató secretamente con Escipión. Sifax, al contrario, había com-

batido ya por la causa de Roma; pero sus desgracias lo hacían circunspecto.

A fin de decidir y reunir á los dos reyes contra Cartago, no temió Escipión en pasar él mismo al África. En la corte del rey bárbaro encontró á Asdrúbal, que había ido con el mismo objeto, y á quien venció otra vez en esta negociación con su habilidad y elocuencia. A su vuelta, se dió prisa en acabar la guerra de España, tomó todas las plazas enemigas que quedaban, y Gades, abandonada por Magón, á quien enviaba Cartago á Liguria á renovar la tentativa de Asdrúbal, abrió también sus puertas.

En este momento se pone un hecho que no tiene ninguna importancia para la guerra, pero que la tiene considerable para la historia de Roma: una sedición militar. Ya vimos como Régulo tuvo que amenazar con las varas á un tribuno, que después de Ecnome, se negaba á seguirlo al África. En 253 fué preciso también por causa de indisciplina, degradar á 400 caballeros, y poco antes en Regio hubo de insurreccionarse una legión. Esta vez, parte del ejército de España, los ocho mil hombres acantonados en Sucrona para contener el país entre el Ebro y los Pirineos fueron los que, á la falsa noticia de la muerte de Escipión, se rebelaron, expulsando del campamento á sus tribunos y dando las fascas á simples soldados: creyeron que iba á caer España en la confusión y se prometían buen pillaje. Un retardo en el pago de sus haberes había servido de pretexto; pero Escipión vivía, y la sola noticia de su restablecimiento detenía las insurrecciones con que contaban los rebeldes. Escipión envió al campamento de Sucrona siete tribunos que no llevaron palabras de cólera. Acaso, decían á los rebeldes, acaso no hayan sido bien recompensados sus servicios, y es lo cierto que se les debe dinero. El general lo hace recoger entre los aliados: el tesoro del ejército recibe ya en Cartagena el producto de los tributos. Que pasen á esta ciudad y se les pagará debidamente.

Van en efecto, confiados en su número y sin temor de ninguna medida severa por el rumor que corre de que el resto de las tropas ha de partir con el legado Silano á una expedición contra los laetanos. A su llegada, el ejército de Cartagena sale, en efecto, de la plaza, pero se detiene á las puertas, y mientras los rebeldes convocados sin armas el día siguiente en la plaza pública, encuentran allí á Escipión sentado en su tribunal, entra otra vez en la plaza, cierra todas las salidas y envuelve silenciosamente el foro. Escipión habla extensamente, á fin de dar á las tropas fieles el tiempo de operar su movimiento: al principio reprende más bien como un amigo, que como un general; después la amargura del jefe, cuya confianza se ha engañado, la severidad del proconsul y la indignación del patricio, que ha visto profanar las fascas, los auspicios, la majestad del mando, los sagrados derechos de la patria, todos estos afectos se hacen lugar. «Sangre es menester para borrar tantas maldades.»

A estas palabras responde un gran ruido de armas, el choque de las espadas y de los escudos en las filas de los soldados de Silano, y el heraldo anuncia que el consejo condena á treinta y cinco de los culpables. Atraídos individualmente la víspera á casa de sus huéspedes que los habían embriagado, fueron presos sin resistencia ni ruido. Se les arrastra desnudos al recinto y se les ata á un poste, donde sufren las varas y el hacha.

Después, levantados los cadáveres y purificada la plaza por los sacerdotes, vienen uno por uno los demás soldados á renovar su juramento ante los tribunos militares, y á recibir la paga que se les debe. Ni un grito ni un murmullo se había levantado de en medio de aquellas temblorosas cohortes.

La sedición se había sofocado; pero este desorden revela el cambio que se opera en las costumbres militares, y la continuidad de las guerras va acelerar esta transformación del soldado ciudadano que defendía la patria, en soldado mercenario que la venderá.

Escipión estaba libre entonces para ir á Roma á recibir más bien que á pretender el consulado (206); pero antes de dejar á España fundó para sus veteranos, en medio de la Bética, la colonia de Itálica, de donde salieron los dos más grandes emperadores de Roma, Trajano y Adriano.

Quiso también impresionar otra vez más los ánimos con el esplendor de una fiesta fúnebre en honor de su padre y de su tío. Había anunciado que daría en Cartagena combates de gladiadores. No se vieron figurar en estos juegos atletas de condición servil, ni de esos mercenarios que venden su sangre; todos fueron combatientes voluntarios y no pagados: unos enviados por los príncipes del país para dar



Gran disco de plata, llamado el escudo de Escipión (1)

una muestra del valor natural de su nación; otros que habían querido bajar á la arena sólo por granjearse la estimación del general; otros en fin por el gusto de mantener un reto. Algunos, trabados de palabras y enardecidos en la disputa, convinieron en que la victoria decidiría y remitieron á la espada la cuestión.

Y no eran hombres oscuros, sino ilustres y nobles personajes, entre otros Corbis y Orsua, primos hermanos que se disputaban el principado de una ciudad llamada Ibses, y resolvieron ventilar su derecho con las armas. Corbis era el de más edad, pero Orsua era hijo del último rey. Escipión hubiera querido reconciliarlos; pero ellos contestaron que no querían más juez que el dios Marte. Corbis estaba orgulloso de su fuerza; Orsua de su juventud; y el uno y el otro, los dos preferían morir combatiendo que someterse á la au-

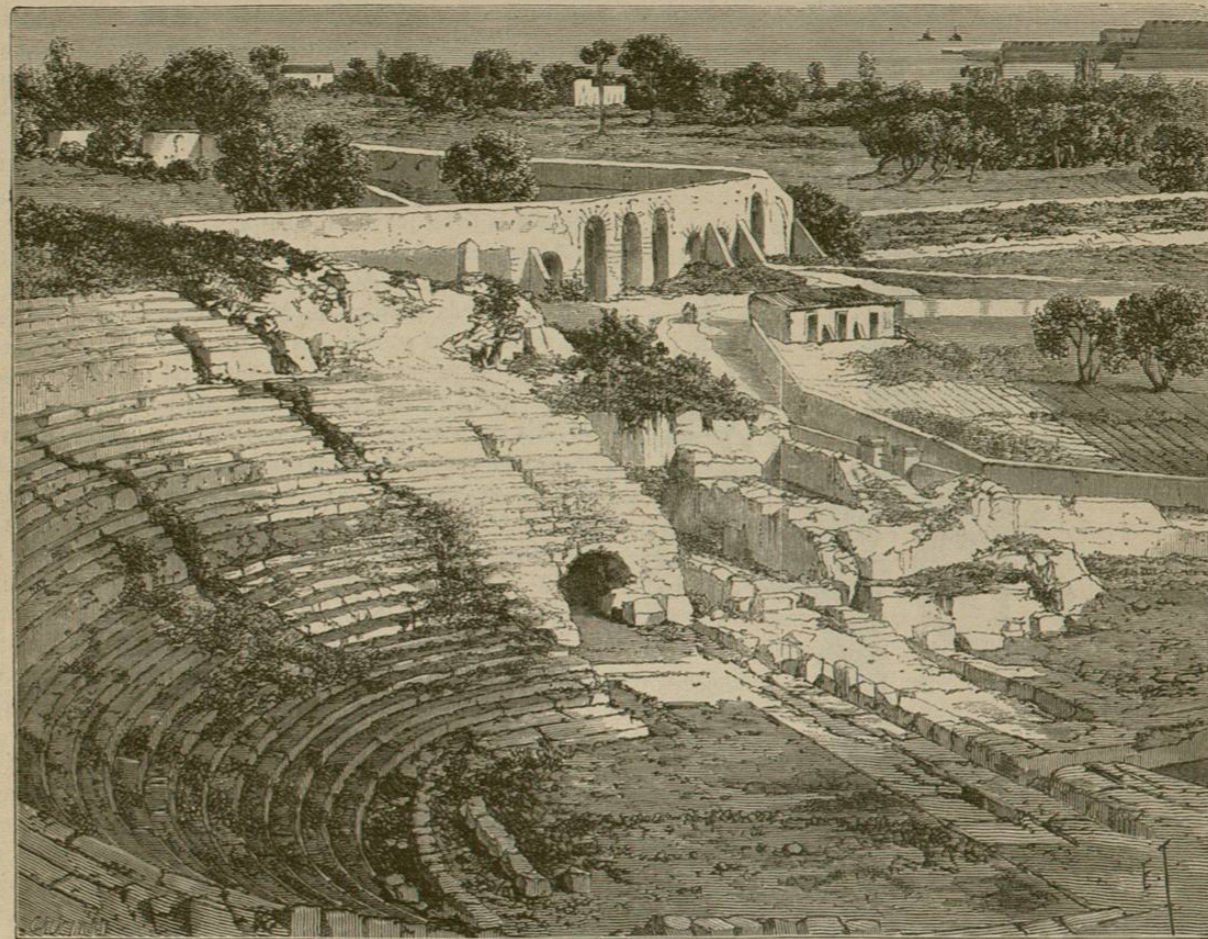
(1) Este disco de plata, uno de los joyeles del gabinete de Francia, no pesa menos de 10 k., 300, y fué mucho tiempo famoso con la denominación de escudo de Escipión. No representa á este general devolviendo al español Alucio su prometida; el asunto, tomado de la Iliada, es la restitución de Briseida á Aquiles, hecha por Agamenón, que, colocado en medio de los tres pórticos, con el cetro del rey de los reyes en la mano, domina toda la escena. Ulises arenga al hijo de Peleo. Nestor, apoyado en su báculo, y Diomedes escuchan al rey de Itaca. Sobre una mesa se ven los presentes ofrecidos al héroe por Agamenón, y algunas armas á los pies de Aquiles. Núm. 2875 del catál. de Chabouillet.

toridad de un rival. El de más edad triunfó fácilmente con su destreza de la fogosa inexperiencia del más joven.

## II. - CONSULADO DE ESCIPIÓN (205) BATALLA DE ZAMA (202)

Después de la batalla del Metauro, estaba terminada en Italia la segunda guerra púnica. Aníbal había contado con Siracusa y se tomó; con Filipo, y fué batido; con los galos,

y permanecieron indiferentes; con España, y estaba conquistada; con Asdrúbal, y acababa de sucumbir. Sus aliados de Italia le faltaban también, porque se disipaba el prestigio de su gloria, y al mismo tiempo crecían diariamente sus exigencias. El Brucio, tan pobre de suyo, se extenuaba más y más para mantener á sus mercenarios, y en todas partes, como en Locres, se meditaban defecciones. Vefase rodeado de enemigos y creía poder tenerlos en respeto con la crueldad. La sangre africana se revelaba en esto. En Arpi, hizo



Ruinas de Siracusa

perecer en las llamas á la mujer y á los hijos de un jefe que había vuelto á los romanos; en Herdonea, en Terina, en Nuceria, había expulsado á sus habitantes y pegado fuego á la ciudad. Y lo mismo hizo en todas las plazas que no podía conservar. Inmóvil en su campamento, no se reconocía á Aníbal sino en la prudencia y en los temores que inspiraba aún á los cónsules, en la disciplina que sabía mantener, á pesar de sus reverses, en un ejército que no tenía más lazo ni interés que el incentivo del lucro.

Cartago también estaba amenazada. Los romanos le habían cerrado unos tras otros todos los países donde reclutaba tropas: la Galia, cuyas costas guardaba Marsella; España y Sicilia de donde fueron expulsados sus ejércitos; la Numidia, cuya alianza había negociado y obtenido Escipión. Todas las primaveras la flota romana de Lilibea insultaba al África. En 207, fué devastado el territorio de Utica y destruída una flota cartaginesa. En fin, Escipión había vuelto contra Cartago á los dos reyes de Numidia. El tiempo de las verdaderas represalias de Canas había llegado ya, y Escipión lo decía en alta voz: «Es preciso ir á África. Aníbal, arrinconado en el Brucio, protegido por montañas abruptas é impracticables bosques, hará allí una resistencia cuyo

término no puede preverse. Un ataque á la misma Cartago, le daría un pretexto decoroso, que tal vez espera, para retirarse de Italia. «Pero Fabio quería que su sistema se llevara el honor de la última victoria y se envió á Sicilia al joven cónsul sin flota ni ejército.»

A las veces ve y comprende el pueblo allí donde los sabios no comprenden ni ven nada: con ese admirable instinto que no es más que el buen sentido aplicado á las cosas sencillas y grandes, había adivinado al vencedor de Aníbal y aplaudía sus designios. Lo que el senado rehusaba, los aliados lo dieron. La Etruria, antes sospechosa (1), ofreció toda una flota y una inmensa cantidad de armas, de hierro, de aparejos y provisiones; la Umbría, la Sabina, los marsos, los pelignios, los marrucinos prometieron soldados; y se dió el singular espectáculo de una flota y un ejército espontáneamente suministrados por los súbditos de Roma, cuando la misma Roma no daba á su cónsul ni un barco ni un soldado.

(1) Parece que á la aproximación de Magón hubo aún algunos movimientos en Etruria (Tito Livio, XXX, 3). Tal fué el celo de los aliados, que bastaron 40 días para cortar las maderas y construir los navíos. (Plin., *Hist. nat.*, XVI, 39.)